

## Concierto en boca de un músico

Conservatorio Profesional de Música “Andrés Segovia”

Linares, 4 de diciembre de 2023.

Entro al Conservatorio vestida de negro, el código de vestimenta, con mi instrumento en mano y la cabeza en todos lados menos aquí. Reviso tener batería en mi tablet por milésima vez, pues ahí tengo las partituras y, aunque me sepa la obra de memoria, no me atrevería a salir sin ella.

Es un día normal, tengo exámenes incluso. Los profesores, que al verme de negro asumen que tengo audición, me desean suerte al salir de sus clases. Cuando llega la hora, subo a la sala “Francisco Guerrero”, la sala de audiciones por la que todos hemos pasado y que tanto ha cambiado a lo largo de los años. Desde ser una sala mal iluminada con sillas desordenadas donde no había un espacio predeterminado para colocarse y tocar, hasta la sala que encuentras hoy en día, en la que hay una tarima como escenario, focos y todo un ambiente que impone mucho más que antes.

Comienza el ensayo pre-concierto, todos afinamos con el piano toquemos o no acompañados. En este caso sí que toco acompañada, pues voy a interpretar el *Concerto en D major para viola y orquesta de F. A. Hoffmeister* junto a una reducción para piano. A estas alturas no estoy segura ni de haber afinado correctamente y el profesor me pide que repase ese pasaje que tantas veces se me ha atragantado, pero que lo haga tranquila, sin presiones, venimos a disfrutar. Para mi sorpresa, el pasaje sale bastante decente.

Al terminar, me siento para que el resto de mis compañeros puedan hacer el mismo procedimiento, mientras, comienzo a repasar la obra con los dedos mientras mi cabeza viaja lo más lejos posible: ¿cómo me habrá salido el examen que acabo de terminar?, ¿realmente me sabré el que tengo justo ahora después? Hoy ha sido un día muy pesado en el instituto, cuando llegue a casa tengo que hacer los deberes para mañana, estará mi madre ya fuera esperando para entrar...

Aterrizo de vuelta en la audición y finjo estar tranquila aunque la mirada de mi profesor me confiesa que no se me da muy bien eso de fingir. Realmente intento estar tranquila, no es nada nuevo, es lo mismo todos los trimestres y todos los años, tengo un mínimo de experiencia, ¿no? Además, me sé la obra, me sale bien y los últimos ensayos con piano han ido bien, ¿qué puede salir mal? Pensando en todo eso el nudo en el pecho comienza a formarse, ni siquiera sé muy bien por qué, las rodillas, pese a estar sentada, me comienzan a pesar, mis manos serían capaces de hacer un vibrato completo por horas de la forma en la que tiemblan y mi corazón comienza a acelerarse cuando dicen que el concierto va a comenzar.

Se apagan todas las luces salvo los focos que apuntan a la tarima juiciosamente. Comienzan a entrar las familias que saludan contentas y animadas intentando transmitir algo de paz. Lo consiguen, pero ese monstruo que te come por dentro es mayor. Sin saber ni cómo, ha llegado mi turno. Me levanto con mi instrumento y partituras y camino hacia la tarima más tranquila

de lo que esperaba. Al subir y mirar al frente, las caras parecen distintas, ahora me juzgan y están pendientes a cada movimiento que creo hacer.

Me presento: nombre, curso y obra. Automáticamente pienso que podría haber hablado mejor. Compruebo la afinación con la pianista y dejo que empiece a tocar dudando de si estoy en la posición correcta, tal vez me estoy moviendo mucho o tal vez estoy demasiado fría. Me pierdo en las notas como una espectadora hasta que recuerdo que tengo que tocar al escuchar el inicio de mi entrada, me preparo y... primer fallo, el acorde no estaba afinado, he entrado muy indecisa y encima no he vibrado, seguro que todos están deseando que acabe ya, supuestamente esto era lo fácil.

Cierro los ojos dejándome llevar e intentando ignorar el sudor de mis manos que me hace casi imposible tocar, mucho menos vibrar o cambiar de posición, ni hablemos de las dobles cuerdas. Mis rodillas no paran de temblar delatando mi nerviosismo a los presentes.

Según avanza la obra voy recuperando la compostura, no está yendo tan mal. Basta pensar eso para que mis dedos tomen vida propia y comiencen a inventar notas donde iban otras, pero hay que seguir, no puedo parar ahora. Mi cabeza vuelve a viajar, esta vez a los ensayos, en clase y en casa, donde todo iba perfecto y tenía ganas de que llegase este momento. Las audiciones deberían de hacerse en casa, nada como la seguridad de lo conocido para que todo vaya bien. Salgo de mis pensamientos al llegar a la ronda final, tengo una cadencia en la obra, de memoria y sin piano, esto es lo que mejor me sale. Confío en mí misma y me dejo llevar por la música expresando o desahogando ese nudo interior que me ha acompañado a lo largo de la actuación.

Finalmente, última nota, con el piano.

Abro los ojos volviendo a la realidad cuando comienzan los aplausos. Tan merecidos los aplausos, ¿aplaudirán porque he terminado? ¿lo harán por compromiso? Tal vez piensan que podría haberlo hecho mejor y no sería una mentira. Miro a la pianista, también me aplaude, aunque el mérito lo tiene ella por acompañarme y seguir mi ritmo. Escucho los aplausos como algo ajeno pues, aunque supuestamente sean bien merecidos y por gusto tras todo el trabajo realizado, mi amigo el síndrome del impostor hace de barrera entre ellos y yo.

Saludo como despedida y recojo mis cosas para volver a sentarme. Al pasar por al lado de mi profesor, este me felicita y sonrío a lo que intento devolverle la sonrisa, pero esta resulta más en una mueca. De igual forma, mi madre me sonrío orgullosa logrando que me sienta bien aunque sea por unos instantes. Me siento y dejo las cosas, ahora mis manos sueltan todo lo acumulado y no paran de temblar, respiro agitada y tengo el corazón a mil. En vez de una actuación parece que acabo de hacer una maratón.

Le llega el turno a mi compañera y, sin escucharla, repaso metódicamente todo lo realizado. Debería estar orgullosa o eso dicen. Sin embargo, no debo recrearme mucho, no hay tiempo, tengo que salir rápido de aquí pues tengo un examen en diez minutos, ¿me dará tiempo a repasar?

Esta es la crónica de lo que ocurrió aquel lunes de diciembre, contada, eso sí, desde un punto de vista algo distinto.